

**Fundamentos en Humanidades**

**Universidad Nacional de San Luis – Argentina**

*Año X – Número I (19/2009) pp. 9/23*

# Imágenes de la diferencia. Construcción subjetiva, otredad y medios de comunicación

**Images of the difference. Subjective construction of the  
otherness and the media**

**Emilio José Seveso Zanin**

CONICET

Universidad Nacional de Córdoba

emilioseveso@hotmail.com

(Recibido: 11/02/09 – Aceptado: 31/08/09)

## **Resumen**

Desde una mirada centrada en la teoría de los imaginarios, la siguiente comunicación propone explorar la emergencia de nuevos marcos de sentido sobre la otredad de clase, que se articula con sensaciones de miedo en el nivel de los significados sociales, la ideología dominante y el marco de sentido que proveen y difunden los medios masivos de comunicación.

La reflexión que se propone resulta relevante, ya que la actual vivencia de conflicto, magnificada y diversificada en el mundo urbano, abre la puerta a una mutación en los espacios mentales de los sujetos. Sus cuerpos, sensaciones y emociones toman forma en el marco de imaginarios que condensan y materializan sensaciones de inseguridad y miedo, tanto en dimensiones territoriales, como en individuos y procesos de diversa índole. Forman parte de esta dinámica las capas populares, que en nuestro país asumen de común la encarnación del temor; figuración perniciososa en muchos sentidos, aunque no necesariamente conspirativa o maquiaval.

## **Abstract**

From a perspective that focuses on the theory of imaginaries, this work attempts to explore the emergence of new meanings in relation to the class otherness, linked to feelings of fear at the level of social meanings, the

dominant ideology and the senses that supply and widespread the media.

The relevance of this work lies in the current social experience of conflict, magnified and diversified in the urban world, which opens the doors to changes in the mental space of people. Their bodies, feelings and emotions are shaped through new imaginaries that condense and materialize feelings of insecurity and fear in different spaces, individuals and processes. Taking part in this dynamics, the popular classes seem to assume the incarnation of the fear; a harmful figuration in many senses, although not necessarily conspiratorial or mechanical.

### Palabras clave

pobreza - imaginario - inseguridad - otros - medios de comunicación

### Keywords

poverty - imaginary - insecurity - others - mass media

### Introducción

Iniciamos con una aserción: durante la contemporaneidad se ha configurado en nuestro país y, quizás de manera más extensiva, en nuestra región, una particular concepción sobre los sujetos excluidos que contrasta con momentos anteriores. Más allá de reivindicaciones restauradoras, ésta acentúa un imaginario de culpabilización y victimización de los sectores populares, empobrecidos y marginados, que ha cristalizado en una retícula ideológica que legitima mecanismos de discriminación y violencia.

Desde esta mirada, el panorama que denuncia el aumento “objetivo” de la criminalidad y el delito, y que lo asocia mecánicamente a la existencia de los pobres y la pobreza, da cuenta de un discurso público que resulta por demás engañoso. Ciertamente existe una relación entre desigualdad, pobreza y criminalidad; esta relación es sistémica, y se vincula estrechamente con mecanismos de producción y reproducción de las relaciones sociales. Sin embargo, ello debe ser puesto en función de procesos que corren en paralelo a las formas “visibles” y que de manera subterránea hacen que esta relación se genere de hecho.

Existen numerosas vías de interpretación y análisis posibles sobre este tema. En esta comunicación, la subjetividad que emerge acerca de las clases populares (que se ancla tanto como desancla de los datos empíricos) será puesta en relación con los imaginarios sociales existentes y, desde

allí, con la mediación cultural que producen y reproducen los medios de comunicación en el juego de diferenciación, naturalización y radicalización de las distancias y distinciones de clase.

De manera sintética, el diagnóstico conecta la configuración del modo de producción material con las formas de percepción, intentando mostrar que lo que “existe” en el sistema social es continuamente producido como existencia en tanto verosimilitud incuestionable. Desde allí, se intenta mostrar que las manifestaciones de miedo e inseguridad poseen una lógica especial asociada a la construcción de la diferencia y lo diferente, y que a ello subyace una matriz de relaciones materiales tanto como formas de organización del poder y la dominación.

El orden expositivo considera en primera instancia la propuesta de la noción de imaginarios sociales, que en tanto marco de significado instituido nos permite dar cuenta de los esquemas y dispositivos de sentido a través de los cuales los individuos, actores colectivos e instituciones reconocen y dan sentido a la diferencia. En un segundo momento, con el objetivo de enmarcar las condiciones de subjetivación actualmente existentes, se repasan de manera esquemática las transformaciones institucionales que se han dado en Argentina con influencia de las políticas neoliberales, y que definen una nueva retórica sobre la pobreza. Con fines interpretativos, esta mirada se articula luego con la lógica mítica y ritual que adviene como proceso de reconocimiento y culpabilización de la otredad. Para finalizar, se intenta dar cuenta del papel que toca a los medios de comunicación en el refuerzo de los imaginarios de la otredad.

### **El sentido instituido por los imaginarios**

No es posible pensar lo social independientemente de los procesos de institución de significados. Lo social, de hecho, se presenta como un magma simbólico en el cual los sujetos nos sumergimos; en él y a través de él constituimos nuestra identidad, nuestro saber cotidiano, los marcos simbólicos que nos permiten aprehender el mundo, así como el sentido práctico que asumimos. Ciertamente lo social no es de una vez y para siempre; es dinámico y se renueva en la subjetividad, y particularmente en las sociedades modernas, fluye hacia las estructuras, las modifica, las altera, y establece un proceso institutivo incesante. Por otro lado sin embargo, esto no quita que exista cierta fijeza en la dimensión significativa del mundo; muy por el contrario, los sentidos cristalizan, se establecen como esquemas organizadores del mundo, y de tal manera demarcan, limitan y ciñen lo social.

Desde este punto de vista consideramos a los Imaginarios Sociales como parte de los sentidos cristalizados y a la vez dinámicos del mundo. Y siguiendo conjuntamente a Antonio Baeza (2004) y a Juan Luís Pintos (2000) podemos definirlos como esquemas organizadores del mundo; dispositivos de sentido que median la relación de los individuos con lo social, que les permiten explicar e intervenir operativamente lo cotidiano, y cuyo sentido práctico deviene de la posibilidad de establecer una relación de confianza y aceptación con lo que asumen como real. Los imaginarios deben ser entendidos entonces como plena experiencia cognitiva, y no como instancia resultante de la recepción de estímulos externos o como constructo de imaginerías internas; igualmente, tampoco deben ser pensados como productos de las percepciones de los sujetos (representaciones) ya que son dispositivos mediadores a través de los cuales se otorga un sentido a lo cotidiano. Esto merece al menos dos aclaraciones.

Una mirada acentuada en los imaginarios pone en suspenso el enfoque “representacionista” de la percepción, que en tanto mecanismo llano parte de un supuesto epistémico de aprehensión o enganchamiento de lo real; de la posibilidad de captar por el acto de interpretación una realidad que “existe” y que se encuentra “ahí afuera”. Entre tanto, un imaginario es una creación inmotivada, dice Nicolas Poirier refiriéndose a Castoriadis; no es imagen o reflejo de algo, sino una creación incesante e indeterminada de figuras, formas e imágenes (Poirier, 2006); es un dispositivo que se encuentra socialmente disponible y opera libremente. Precisamente por ello es que Pintos propone la alegoría de “lentes” o “anteojos” (Pintos, 2003), que indica la existencia de un mecanismo instituido que no es percibido como distorsión en el mirar-sobre lo social.

Entendido de esta manera, los imaginarios se presentan como saber práctico que otorga nitidez sobre el mundo, pero que en tanto mecanismo social de-vela a la vez que oculta. Pero al hablar de dispositivos que “encubren” sentidos puede llegar a creerse que se está pensando en la existencia de una realidad social objetiva, que sería aquella que ha quedado velada; esto supondría considerar entonces que hay algo allí fuera que puede ser efectivamente “aprehendido” (por ejemplo, a través de la mirada versada del experto). Como esto esta lejos de nuestra afirmación, entonces aquí viene la segunda aclaración. Para nosotros el “sentido” es ante todo sentido social; no viene “dado”. Lo máximo que puede decirse es que existe un haz de subjetividades que demarca miradas como fragmento: sentidos parciales, unidimensionales, lineales, incompletos y limitantes, que indican tanto visiones como di-visión y no-visión del mundo, y que ellas poseen un efecto de realidad concreto (sobre las instituciones y los sujetos, sobre los pensamientos y las prácticas) (1).

Finalmente, es de considerar que los imaginarios no flotan en el aire ni se constituyen libremente; no operan autónomamente sino que han sido instituidos; están anclados y devienen del marco que provee lo social. Para nosotros es necesario reconocer entonces las condiciones hegemónicas que genera el capitalismo, pues desde ellas se delinea en buena forma los espacios en que se construyen los significados del mundo, las porosidades en las que se asienta el poder y los resquicios desde los que se liberan las resistencias.

### **Periferia, sentido y diferencia**

Es difícil sintetizar las implicancias que supone considerar al capitalismo en el marco de un análisis de lo social. En tanto fenómeno “total” posee dimensiones sumamente complejas, materiales tanto como simbólicas, estructurales a la vez que intersticiales, que pueden ser pensadas desde múltiples vertientes de saber. Por eso es que en vez de realizar una escueta, simplificada e imprecisa caracterización, queremos retener el hecho de que estamos haciendo mención a un marco complejo y abarcativo cuyas fronteras materiales y simbólicas definen los límites dentro de las cuales se produce y re-produce cierto sentido del mundo, a la vez que fundan y estabilizan ciertos imaginarios (2).

Esto puede ser visto al menos de manera genérica a lo largo de medio siglo de historia argentina. Consideramos que durante este período la dimensión simbólica de lo social se ha transformado de manera significativa conforme a los regímenes de acumulación, lo cual incluye por lo tanto a los propios imaginarios acerca de la pobreza. Como este tópico ha sido abordado con más detalle en un trabajo anterior (Seveso Zanin, 2008a), el propósito será aquí el de dar cuenta de la relativa dinamicidad de esos imaginarios con base en el punto de quiebre entre el modelo desarrollista y el neoliberal, poniendo especial atención en la forma que asumen las miradas actuales sobre la pobreza en tanto constituciones que fluyen de una nueva fase configurativa del sistema social.

Desde el diagnóstico que ha resultado en esta línea de análisis, encontramos que hasta entrada la década de los '80 no existe en Argentina un discurso público que acentúe la idea de desclasamiento social. Hasta entonces la pobreza estaba reducida a pequeños bolsones urbanos y las condiciones de movilidad existentes permitían pensar que las minorías marginales eran transitorias y susceptibles de ser integradas mediante un proceso de aculturación. Más aún en estos casos, se concebía que los sujetos se enlazaban de una u otra manera a ámbitos colectivos vigorosos

y específicos, tanto como a una matriz de sociabilidad común que los ponía en “vínculo” al patrón de una cultura dominante (3).

Por su parte, el neoliberalismo ha declarado que para subsanar el malestar de la pobreza se requiere de un mecanismo de derrame, no de integración. En esta dirección, remarcando la importancia del crecimiento y la expansión de las economías, se ha reconocido que los sectores empobrecidos se hayan en una irresoluble situación, pues son rezagados de un proceso ampliamente dinámico que en el orden de un mecanismo meritocrático los vuelve inintegrables. Como solución plausible, se diría que lo más que puede hacerse es inyectar remedios contingentes para contener los síntomas conflictuales.

Considerado desde este punto de vista, esta claro que la mirada sobre la pobreza ha mutado. En el neoliberalismo la lógica de competencia irrestricta, que expulsa a los perdedores del mercado laboral a la vez que disgrega las solidaridades colectivas y somete a los grupos marginales a una fuerte violencia simbólica, se articula con una ideología que no interpela a los sujetos desde un horizonte de seguridad. El discurso reconoce la inexistencia de soluciones profundas y definitivas, mientras que las víctimas son interpretadas e interpeladas desde un horizonte de resignación política, cultural y social. Esto se diferencia en forma significativa del ideal desarrollista, porque cimentado en un cambio de régimen de acumulación, ha desplazado el sentido de integración por el de indiferencia.

En este marco, intentaremos mostrar que los nuevos patrones del sistema capitalista, que han traído consigo la actualización de la ideología social sobre la pobreza, montan una mirada diversa acerca de las clases populares que brota como negatividad diferencial. Ello remite a la comprensión de la puesta en marcha de mecanismos y dispositivos sociales de diferenciación, personificación y victimización de clase. Considerado de esta manera, la percepción de inseguridad y la sensación de miedo que hoy se diseminan como concepción “natural” ante el “otro”, no pueden ser pensadas como indefinición instituida; al contrario, necesitan ser interpretadas e interpeladas como sentidos y significados que se cristalizan y actualizan en las contradicciones y conflictos de la contemporaneidad.

### **La recomposición de la subjetividad en los imaginarios del miedo. Mito y ritual**

Si se toman en consideración los análisis de Zygmunt Bauman (1997), Michel Foucault (2004) y Robert Castel (2004) acerca de las “clases peligrosas”, se encuentra que la identificación de los Otros puede rastrearse

a lo largo de toda la historia moderna de occidente. Partiendo de los vagabundos a fines de la Edad Media, encontramos que los períodos de transformación social (que podrían ser definidos acertadamente como crisis de los modelos de producción) generan sintómicamente sujetos que no “encajan” en el orden de la hegemonía material y simbólica. Puesto que estas capas son sensibles, tienden a mostrar la acumulación de rasgos de desintegración que las convierte en cómodas figuras de culpabilización, en las que se deposita la negatividad del conflicto social y la identidad de lo diverso.

Esto queda claro en el caso de la figura de los miserables de la antigua Francia. Mientras que el bloqueo al mundo del trabajo era la razón principal de la desventura de masas, las políticas de la realeza se dirigen una y otra vez en contra de la figura de los “hombres sueltos”. De la misma manera, durante el proceso de industrialización a principios del siglo XIX el proletariado industrial también asumió el papel de clase peligrosa, pues en un momento de profunda conflictividad social trasportaba a los centros urbanos una cultura diferencial y un estilo de vida sobre el que recaía la condena moral (4).

Se dibuja hoy, de manera análoga, una noción específica respecto a los sectores que se consideran desclasados de la sociedad. Estos son concebidos como “Otreidad” diferencial –noción que se utiliza aquí en oposición al carácter positivo que reviste la noción de alteridad (5)– en donde se remarca una dimensión de sospecha tanto como de criminalización. Inmigrantes, minorías étnicas, grupos de género o clases populares aparecen en la mirada social como diferencias a las que se adjudica responsabilidad sobre situaciones tan diversas como la criminalidad y el delito, la degradación moral, la violencia y la promiscuidad, el desempleo, la escalada de conflictos públicos, y un largo etcétera, como si éstos fueran fenómenos sin un ápice de relación con condiciones estructurales, producidos por simple generación espontánea.

De los argumentos que puedan darse para explicar por qué se produce y cómo se produce este hecho, las posibilidades rebasan a esta comunicación. Sin embargo, es posible aportar una serie de pistas desde la lógica mítica y ritual para clarificar –por lo menos en parte– el proceso de radicalización de la diferencia.

Ante situaciones de conflicto persistente, la binarización nosotros/ellos y la puesta en práctica de acciones reparadoras funciona como mecanismo social comunitario en la búsqueda de un punto de integridad y, con tal fin, hacia la restitución del orden. Lo que inicialmente existe, indudablemente, es una situación de tensión en la vivencia cotidiana anclada, por ejemplo,

en la emocionalidad y en la percepción subjetiva de miedo e inseguridad. Desde allí, el sentido social tiende a constituir simbólicamente y corporizar como mito la existencia de una otredad responsable, siendo los imaginarios los que dirigen la mirada para identificar los contornos por donde se define la diferencia.

La operatoria de esos imaginarios radiales refuerza las distancias de clase porque logra difuminar los puntos de enlace entre los sujetos de la otredad y la sociedad en cuanto todo sistémico. Cancela las diferencias y puntos de contacto entre los sujetos; dilata por un lado las particularidades sociológicas de trayectoria, vivencia, condición de género, edad y raza que distinguen a los individuos de la otredad, y que permitirían complejizar y dar sentido reflexivo a su situación, a la vez que, por otro lado, expande sus puntos de diferencia en relación a la sociedad como un todo. Desde esta proyección holográfica, el aspecto de negatividad puede ser pensado como una propiedad común y compartida, como esencialidad colectiva y universalidad.

Los sujetos no tienen porque ser concientes de ello; de hecho, hemos dicho que un imaginario se presenta como tamiz de lo real: es sesgo de verdad, razón por la que elude e impide el planteo sobre la constitución de lo social. Pero cuando ese sentido es mistificado, se convierte en verdad incuestionable; narración rodeada de extraordinaria estima, aunque sea en muchos sentidos horrorosa. De esta manera, "... la política se vuelve lógica de guerra entre sectores: los jóvenes pobres son el problema, los piqueteros son el problema, las villas son el problema. No se trata del actor que viola la ley sino de un sector que presuntamente pone en riesgo a otro" (Levstein y Boito, 2005: 13).

Ya naturalizado y aceptado el mito (tanto como el imaginario que le da forma) el canal mediador para el encuentro de un punto de integridad viene provisto por prácticas que operan bajo la forma del ritual. En la restitución del orden, esto supone el uso de la figuración mitificada para una puesta en acción, mediante la cual se activan sentidos, prácticas, procesos, que con su efecto y conquista sobre lo real prometen exorcizar el mal mitificado.

Bajo esta doble lógica, la intención restitutiva del orden y la búsqueda de la integridad social llevan a la visualización radicalizada de unas otredades endémicas, victimarias e incluso hostiles (las capas populares son en nuestro país un caso típico). En la lógica que articula la mitificación y el ritual, esta forma de "ver" al otro activa prácticas de supresión; es decir, de eliminación del otro, ya sea en un sentido simbólico o físico (Seveso Zanin, 2008b). En ello operan formaciones sociales de la más diversa gama; la cultura, la política tanto como el mercado; el Estado,

la familia, la escuela, y los sujetos tanto como las comunidades. Desde estos contornos se articulan prácticas defensivas, dispositivos de mapeo y reconocimiento de la diferencia, estrategias orientadas a dar soluciones plausibles, mecanismos para lograr un atisbo de restauración ritual (6).

Pero aquí es donde se presenta el nodo problemático, ya que existe una distancia entre la eficacia simbólica que produce el ritual y la pretendida validez práctica que de él se espera. Como la acción esta basada en un sentido de efectividad figurado (más que ilusorio pero menos que real) ciertamente no toca las bases que dan origen al conflicto, condenando la búsqueda de restauración a una iteración constante. Entonces, mientras el mito soporta y naturaliza lo real, las acciones son puestas en función una y otra vez debido a la pretendida eficacia que suponen.

Ya en este marco, es difícil soslayar el papel que toca a los medios de comunicación masiva. En tanto diseminadores y reforzadores de imaginarios, en ellos se juega en buena parte el registro e identificación de la otredad que, en términos del establecimiento del orden, resulta significativa. En lo sucesivo entonces, pensando al fenómeno de criminalización de la pobreza desde los imaginarios, la lógica de la culpabilización, el mito y el ritual, exploraremos el lugar que toca a los *media* en la producción de sentidos sobre la otredad.

### Medios, institución y otredad

En nuestra sociedad, la importancia de los medios está marcada por la proliferación intersticial que adquieren al mediar entre la vida pública y privada, la comunidad y los individuos, la ciudadanía y la política. En este sentido, deben ser concebidos como sistemas interpretativos y constructores de sentido; un canal a través del cual se actúan y vivifican los mitos como realidad y desde el cual se co-opera en la institución de imaginarios. Efectivamente, desde la construcción aparentemente racional que realizan de la noticia, los medios se hacen eco de las contradicciones sistémicas, de sus conflictos y antagonismos, y a partir de ellos refuerzan y dan forma a visiones y di-visiones del mundo.

Durante los '90 en Argentina se inició un proceso de extensión de su esfera que coincidió con la progresiva penetración del marco ideológico del neoliberalismo. La paridad de peso-dólar, la apertura irrestricta del mercado y la ideología consumista dieron como resultado una alta rentabilidad en el sector, generando una concentración de medios y multimedios, y produciendo una participación creciente de capitales extranjeros (Wortman, 2007). En las ultimas dos décadas, han adquirido entonces un fuerte peso

relativo frente a otros actores. La corrosión que han sufrido las cadenas de enlace entre la comunidad y ciertos agentes culturales que durante la modernidad solieron ocupar espacios privilegiados en la producción y difusión del saber, ha reforzado todavía más su importancia. La pérdida de legitimidad por parte de la iglesia en algunas esferas, de los intelectuales y la academia (especialmente la universidad), y el desplazamiento matricial que sufre actualmente la educación escolar, son ejemplos de ello (Sarlo, 1994).

Pero existe otro elemento que es fundamental para comprender la centralidad de los medios en el refuerzo y constitución de imaginarios sociales; en particular, la profunda recomposición estética y ética que han introducido en la cultura. Más allá de su aparente omnipresencia, han instalado una lógica simbólica que les es propia y que debe ser reconocida. En este aspecto, es importante considerar la primacía que asume la imagen para la interpretación del sentido. Durante la modernidad existía cierta claridad de distinción entre significado, significante y referente. Esto volvía negociable los sentidos que se otorgaban a lo social; permitía, en concreto, una puesta en valor de las articulaciones entre las instancias de lo real y la conciencia. Pero esta situación se transforma en la contemporaneidad.

“En primer lugar se observa un crecimiento de la significación a través de imágenes y no de palabras. Se habla de desdiferenciación, ya que las imágenes se parecen más a los referentes que a las palabras. Es decir, nuestra vida cotidiana esta invadida por una realidad –la TV, los avisos, el video, la computarización– que cada vez más está compuesta de representaciones [...] El punto es, como afirma Lash, que vivimos en una sociedad en la que nuestra percepción se dirige casi con tanta frecuencia a las representaciones como a la realidad. Nuestra percepción de la realidad se produce cada vez más por estas representaciones” (Wortman 2007: 71).

Se trata entonces de una conciencia (un conocer, un saber, una imaginación) que se encuentra mediada y mediatizada. Primacía de la imagen como referente inmediato de comprensión; invasión del espacio del significado por el significante; conquista del lugar del referente por la imagen. En definitiva, la imagen juega por sobre la palabra a la vez que el referente se diluye en la imagen.

En la actualidad los hechos mediatizados se vacían del marco comprensivo y reflexivo que posibilita la negociación del sentido. El chantaje de la emoción (hiper-emoción, dice Ignacio Ramonet) se une a otro mecanismo que la información televisada extiende y refuerza: “basta ver para comprender” (Ramonet, 1998: 19). El dispositivo mediador de sentidos permite identificar y reconocer más inmediatamente a un referente, aun

si éste se encuentra pregnado por el significado que adjudica la imagen, independientemente de toda verosimilitud con lo real.

Mediante esta lógica de suplantación y mimesis de sentido, la mediación naturaliza la identidad del otro. Se instauran palabras (códigos, sentidos) que lo nombran en su identidad, que lo sitúan como víctima o victimario, ciudadano o transgresor, inocente o culpable, digno de confianza o temor. El sentido no es reversible en forma significativa y la imagen se revela como sustitución del otro que se encuentra ahí fuera, corpóreo y directo. Esto sucede porque las capas subalternas no cuentan con la capacidad para construir en el ámbito de lo público (y lo publicado) un sentido colectivo del sí-mismo; no pueden negociar su identidad, pues ésta viene impuesta “desde fuera”, es decir, por el marco institucional que los abarca. Desde aquí llega a normalizarse la relación significante-referente que define a las personas. Incluso aún, en la medida en que se naturaliza el sentido, factores como el delito, la violencia o la inseguridad, se instalan como parte del discurso cultural que radicaliza las diferencias de clase.

Reforzando el sentido de otredad, los medios ofrecen a su vez un espacio de monitoreo que se considera más inmediato, más mecánico, y desde el cual es posible también reclamar (como poner en juego) castigos ejemplificadores y restitutivos del orden: medidas más duras y punitivas, políticas para contener las situaciones de conflicto, estrategias para limitar al mínimo la interacción entre los sujetos marginados y el resto de la sociedad; políticas de defensa social a la manera de un diagrama represivo. Son en este sentido un dispositivo de control; una torreta que se vale de las impresiones existentes y presiona para la restitución del orden hegemónico.

### **Conclusiones**

En algunas ocasiones se apunta contra los medios por considerar que contribuyen a la demonización social de “el Otro”; y sin embargo, es vital reconocer que este suceso adviene en un contexto social específico que le imprime direccionalidad. Esa es la razón por la que, además, la sensación de inseguridad ante el otro (anclada en la expresión de miedo, la búsqueda de resguardo, o la reacción preventiva violenta) no puede ser interpretada como objetividad o esencia.

Encontramos que el común sentido supone actos que permiten constituir lo social al captarlo, reconocerlo y revelarlo de una manera determinada. Así es que el otro se nos presenta como negatividad en la medida en que media una forma de reconocimiento particular; esto es, puesto que

socialmente se aprehende una forma de negatividad a través de la cual se reconoce su diferencia. No hay nada que nos diga, por tanto, que el otro debe ser una otredad (una negatividad) de hecho, salvo que existan nociones, conocimientos, que hagan que se revele de esa manera.

En esta línea, según lo hemos expuesto, existen imaginarios que son apoyados por imágenes, mitos y rituales sociales, que circulan, que se refuerzan e instituyen a través de sentido ya establecido en lo social; que se desanclan de los propios sujetos que los han producido, que toman pie en la hegemonía de sentido y que cimientan una barricada social contra lo diferente.

Incluso en el contexto político, los mecanismos para regular y controlar la diferencia toman forma según una matriz de binarización ya dispuesta. Ello supone una estrecha relación entre poder, cognición y reconocimiento de la otredad que no debe ser entendido como imposición mecánica de la dominación (de una clase sobre otra), sino en el código intersticial de la porosidad social; como matriz reticular que sistémicamente sobreviene en lo cotidiano, imponiéndose a los sujetos en forma capilar, insospechada e incluso en complicidad con ellos.

En este marco la comprensión de los medios masivos como vehículos de la cultura y a la vez como artífices de ella ha sido fundamental para entender, al menos en parte, el modo de institución y legitimación de los sentidos existentes. Ellos son tanto reforzadores como constructores de saber, pero deben ser pensados en un juego de complicidad con lo social; como parte de un sistema que reproduce una lógica material y simbólica específica, en tanto ocupan un lugar privilegiado como instrumentos convenientes para el mantenimiento de la hegemonía y la figuración de panoramas sociales amenazantes.

Febrero de 2009.

### Notas

- 1- Consideramos que en su papel de profesionalista, el científico social no puede juzgar el valor diferencial de estas miradas ya que, de hecho, son visiones diversas e igualmente valorables acerca del mundo; pero toca a él dar cuenta de su pluralidad, reconocerlas, ponerlas en confrontación y publicarlas.
- 2- "Sus estructuras demarcan los regímenes de significado a través de los cuales el mundo que circunda es aprehendido por los sujetos; se vive, se piensa y siente bajo sus condiciones de producción. Pero sus estructuras tampoco pueden ser pensadas como determinantes (hechos sociales coercitivos, directivos y limitantes), ya que el modo de producción no es un 'sistema total' en ese sentido ominoso, e incluye dentro de sí una variedad de contrafuerzas y nuevas tendencias, fuerzas tanto 'residuales' como 'emergentes' que debe intentar manejar o controlar [...]" (Jameson, 1999: 67).

## fundamentos en humanidades

- 3- Incluso en el campo de la criminalidad la teoría clásica reconoce un enlace de socialidad con la cultura dominante, códigos precisos de conducta, lazos normativos, de solidaridad y jerarquía internas, que además de mostrar un margen de profesionalización del delito (que dosifica la violencia) marca patrones de respeto a instituciones sociales como la educación y el mercado formal del trabajo (Míguez, 2002).
- 4- “El alcoholismo, la criminalidad, las enfermedades epidémicas, en suma, el desorden, serían sus atributos esenciales. Esta visión, etnocéntrica y preconceptuosa, se desdobra en el plano político, pues el siglo XIX europeo asiste, también, a las luchas de clase, las reivindicaciones de las asociaciones de trabajadores, los conflictos políticos [...] El peligro se torna entonces inminente. Las reivindicaciones obreras –reducción de la jornada de trabajo, distribución igualitaria de los productos, sufragio universal– pasan a ser vistas como una usurpación, la señal manifiesta de la decadencia civilizatoria” (Ortiz, 2005: 96).
- 5- En tanto concepto, la alteridad remarca para nosotros la identidad de un ser análogo ante el cual se reconoce la diferencia a la vez que se acepta su derecho y facultad de autodeterminación; se trata de una aceptación de las fronteras entre un nosotros y un ellos, en la que a su vez se acentúa la identidad sin mediación. La otredad, por otro parte, supone la negación del ser-análogo a la vez que remarca una identidad infundida que devora la autonomía del ser.
- 6- Lo anterior arroja un marco de comprensión al surgimiento y proliferación de interpretaciones como las de la infraclass [*underclass*] que unen una mirada esencialista de la pobreza a políticas de control y reclusión. Enfoques que mediante un juego de versus resaltan los aspectos negativos de la marginalidad, eliminando toda distinción de trayectoria, género, origen, nacionalidad, o componente sociológico transparente; enfoques pretendidamente neutrales que al remarcar rasgos como la “violencia” y la “criminalidad”, la “disgregación moral” y la “desviación”, proyectan fantasías y temores, mientras preparan el campo para políticas de sometimiento y supresión corporal de los otros.

## Referencias bibliográficas

Baeza, A. (2004). Ocho argumentos básicos para la construcción de una teoría fenomenológica de los imaginarios sociales. Chile. Disponible en: [http://www.gcejs.cl/index.php?option=com\\_remository&Itemid=49&func=fileinfo&id=1](http://www.gcejs.cl/index.php?option=com_remository&Itemid=49&func=fileinfo&id=1). Último acceso: 26-05-2008.

Bauman, Z. (1997). *Legisladores e intérpretes*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Castel, R. (2004). *La inseguridad social ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.

Foucault, M. (2004). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Jameson, F. (1999). *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el pos-modernismo 1983-1998*. Buenos Aires: Manantial.

Miguez, D. (2002). Rostros del desorden. Fragmentación social y la nueva cultura delictiva en sectores juveniles. En S. Gayol y G. Kessler (comp.), *Violencias delitos y justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial.

Levstein, A. y Boito, E. (2005). Preso por portación de cara. *Revista La Intemperie*. Nº 26. Córdoba: Autor.

Ortiz, R. (2005). Cultura, comunicación y masa. En R. Ortiz, *Otro territorio*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Pintos, J. (2000). Construyendo realidad(es): los imaginarios sociales. Santiago de Compostela / Buenos Aires. Disponible en: <http://idd00qmm.eresmas.net/articulos/construyendo.htm>. Último acceso: 26-05-2008

Pintos, J. (2003). El metacódigo «relevancia/opacidad» en la construcción sistémica de las realidades. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, Vol. 2, Nº 1-2.

Poirier, N. (2006). *Castoriadis. El imaginario radical*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Ramonet, I. (1998). *La tiranía de la comunicación*. Madrid: Debate.

Sarlo, B. (1994). *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.

Seveso Zanin, E. J. (2008a). Pobres y pobreza: La exclusión hacia principios de siglo. Indicios sobre los dispositivos de gestión de la desigualdad en Argentina. *Estudios Digital. Identidades, miradas y nuevas configuraciones sociales en América Latina*. Nº 1, Primavera 2008. Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Disponible en: <http://www.revistaestudios.unc.edu.ar/articulos/monografias/zanin.php>

## **fundamentos en humanidades**

Seveso Zanin, E. J. (2008b). Pobres los Otros Imaginados. Aproximación comprensiva al miedo en el escenario del capitalismo contemporáneo. Ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP - I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales. La Plata, 10, 11 y 12 de diciembre de 2008.

Wortman, A. (2007). *Construcción imaginaria de la desigualdad social*. Buenos Aires: CLACSO.